

## (Des)apariciones

RAFAEL  
CONTE

La literatura—alguna otra vez lo he dicho— es como el vino, sus cosechas se suceden y no se parecen en — casi— nada, a las buenas añadas suceden otras perfectamente mediocres, y quizá habría que emplear para describir su evolución una clasificación por milésimas, por años, por cosechas casi vitivinícolas, que además, por lo que se puede ver, están en perfecta contradicción con la evolución histórica propiamente dicha. El curso anterior lo empezamos en plena crisis y la floración final fue largamente excedentaria. Este nuevo se nos dice que estamos saliendo de la crisis y en literatura sucede al revés: parece que la crisis se la ha tragado por entero, pues por mucho que miremos alrededor parece que ha desaparecido casi por completo, o al menos no aparece por parte alguna. Demasiados pareceres o desaparecidos, la desaparición reina por doquier y aquí podrían muy bien terminar estas líneas que ya no saben por dónde seguir.

Quizá el hecho literario y cultural más importante —y luctuoso— del verano felizmente terminado haya sido una desaparición, una de las más importantes de los últimos tiempos,

## LITERATURA

como si con la muerte de Rosa Chacel —pues de ella se trata—no hubiera desaparecido sólo un escritor, sino quizá toda una época de la literatura española de nuestro siglo, que se ha ido en pos de la figura decana de nuestras letras, que, a su longeva edad de 96 años, parecía ser todo un testigo casi total de nuestro siglo, pues procedente de las postrimerías del anterior —había nacido en 1898, qué fecha además, de la que sentía orgullosa— casi ha llegado a rozar el que nos cae encima a velocidad vertiginosamente acelerada. La obra de Rosa Chacel, no muy cuantiosa, pero siempre exigente, ha sido una especie de paradigma del rigor más implacable, de la independencia por encima de todo,

**«La obra de Rosa Chacel, no muy cuantiosa, pero siempre exigente, ha sido una especie de paradigma del rigor más implacable, de la independencia por encima de todo.»**

siempre igual a sí misma, sin momentos de flaqueza alguna, anclada en su circunstancia vital pero sin sujetarse a ella, poco conocida del gran público pero siempre seguida por un buen puñado de lectores y por la atención de la crítica, para la que también ha supuesto una especie de misterio bastante inclasificable. Su obra, nacida en los años de las vanguardias literarias de preguerra —*"Estación. Ida y vuelta"*—, posee raíces tan clásicas como experimentales, siempre se ha dirigido hacia adelante, hacia lo nuevo, no se dejó contaminar por nada extraliterario, atravesó el exilio sin que la afectara demasiado —como se ve en su obra maestra novelesca *"La sinrazón"*, aunque también lo testimoniara en profundidad en *"Ciencias Naturales"*, último eslabón de su trilogía autobiográfica (aunque siempre a su manera) *"Escuela de Platón"*— y luego desembocó con los relatos fantásticos de *"Icada, Nevada, Diada"* y en la memoria de *"Alcancia"* y muchos otros penetrantes textos similares. Murió no por razones de grave enfermedad, sino por algo mucho peor para ella: había perdido la vista. Superó todas sus dificultades físicas salvo ésta, que no era sólo física sino simbólica, no se resignó a no ver y se fue, y eso fue todo, pero desde entonces —finales de julio— todavía seguimos pensando en la medida de lo que acabamos de perder.

Otra importante desaparición del verano fue la de Elias Canetti, el gran escritor judío, centro-europeo y sefardí de lengua alemana, último gran testigo de esa civilización "mitteleuropea", que pese a su trágico hundimiento en medio de las dos más gigantescas guerras de la historia, nos ha dejado un asombroso legado del que todavía seguimos viviendo, pues todavía hay mucha tela que cortar en él, empezando por lo que tiene de advertencia para el futuro de la humanidad. Y allí, como un

**«Otra importante desaparición del verano fue la de Elias Canetti, el gran escritor judío, centro-europeo y sefardí de lengua alemana, último gran testigo de esa civilización "mitteleuropea".»**

fruto tardío —"lost but non least"— nos ha quedado la obra de Canetti, autor de un ensayo crucial, *"Masa y poder"*, de una novela originalísima y aplastante, *"Auto de fe"*, y de una sagaz trilogía autobiográfica, aparte de algunos aforismos y ensayos inolvidables, en *"El otro proceso"* y *"El territorio del hombre"*.

Bien, ya se sabe que los veranos son mortales para la gente de edad, incluidos los genios, mucho más que los tan mal f amados inviernos. Al comenzar este otoño, tan mortecino desde el punto de vista literario, las listas de libros más vendidos siguen nutriéndose de los aparecidos en la primavera y verano pasados: Cela y García Márquez, Javier Marías, el vasco Bernardo Atxaga —cuya novela *"El hombre solo"*, profunda y real, se sobrepone a su posible anfractuosidad—, otra revelación de García Sánchez, *"El Alpe d'Huez"*, sorprendente "best-seller" de última hora, un testimonio (anti)periodístico de Pérez-Reverte, y nuestras mujeres tan queridas, Carmen Martín Gaité, Rosa Regás, Almudena Grandes. Y resulta curioso observar que el único libro de consumo banal y estúpido de toda la lista es uno extranjero, solitario en ella, una bobada de Frederick Forsyth, del que mejor es no acordarse. ¿Será que en España sólo leen los cultos? Pues es verdad, sucede así, lo cual es malo, porque son pocos, pero también bueno, porque son los mejores, con lo que las listas de libros más vendidos es el contrapeso —relativo— de la estupidez televisual en la que nuestro país es campeón universal de todas las



Rosa Chacel.

categorías. La televisión española falsamente pública — se comporta siempre como la mejor de las privadas con el dinero de todos, no se olvide— se ha cargado el enésimo programa de libros, "Señas de identidad", que apenas duró nueve semanas, en un aborto difícil, porque nació enteco, maltratado, recortadísimo de medios y minimizado por sus propios patronos, que al parecer lo parieron para matarlo mejor. No fue bueno, desde luego, pero nunca pudo serlo, y aun así era algo muy superior a todas las tonterías que se apuestan sin parar con nuestro dinero a través de la pequeña pantalla. Y, desde luego, lamento no poder extenderme

## LITERATURA

**«La televisión española falsamente pública —se comporta siempre como la mejor de las privadas con el dinero de todos, no se olvide— se ha cargado el enésimo programa de libros, "Señas de identidad", que apenas duró nueve semanas.»**



sobre este tema crucial, el de la Televisión Española y el de la Televisión en España —no confundir, aunque sean perfectamente intercambiables—, que constituyen ambas el mayor escándalo de nuestra vida cultural, el genocidio desidentificador más imbécil y antiespañol de todos los que nuestro país ha conocido nunca, y su máxima corrupción colectiva, compuesta a partes iguales de estupidez, ignorancia y alienación mental absoluta.

Felizmente, la revista *"El Urogallo"*, que a finales de los sesenta fue fundada, dirigida e impulsada por Elena Soriano, que desapareció casi a la llegada de la democracia, y que a principios de los ochenta fue resucitada por el desgraciadamente desaparecido José Antonio Gabriel y Galán, acaba de alcanzar el número cien de esta su segunda etapa. Su redactora jefe, Encarna Castejón, colaboradora además desde su primer número, presentó este centesimo en compañía de Juan Ángel Juristo, José María Merino y Luis Mateo Diez, ante un nutrido grupo de lectores y amigos. La cifra merece al menos este recuerdo, en una empresa, además, amenazada por todas partes, pues ya se sabe la difícil existencia que llevan las revistas culturales en este país, y más todavía en estos tiempos de crisis y recorte de ayudas institucionales. Adelante, pues ya vamos sabiendo dónde están y cuáles son las



Gonzalo Torrente Ballester.

verdaderas instituciones de este país.

¿Y las novedades literarias? Habría que hablar de la última novela de Gonzalo Torrente Ballester, con la que obtuvo el último premio Azorín, *"La novela de Pepe Ansúrez"* (Planeta), que, a pesar de sus juegos metaliterarios y

de su manifiesto ingenio, no deja de mostrar señales de cansancio, pero que se lee con rapidez y gusto y también a veces dormitaba Hornero; o de la revelación de una singular, original y volteriana novela corta de Alfredo Tajan, *"El salvaje de Borneo"* (Bitzoc); o del excepcional retrato de la ciudad de Pamplona que Miguel Sánchez-

Ostiz nos proporciona en Destino. A la espera todo ello de un premio Planeta que podría ser muy discutido, y, sobre todo, de la esperada novela incompleta y postuma de Albert Camus, que anuncia Tusquets, y que es emocionante. Ya lo verán muy pronto.